

LA LITERATURA DEL PARAGUAY

Por JOSÉ SANZ Y DÍAZ

I

POR primera vez nos vamos a ocupar en España de la historia literaria paraguaya, deshaciendo el tópico (creado por diversos tratadistas y críticos que de las letras de América se ocuparon) de que el Paraguay carece de literatura.

El Maestro Menéndez Pelayo se limita a citar en su «Historia de la Poesía Hispano-Americana» (Madrid, 1913) la introducción de la imprenta en el país por las Misiones de Jesuítas, con lo cual se desarrolló la literatura catequística, vertiéndose al idioma guaraní algunas obras que enumera. Y añade este detalle curioso: «Lo más prodigioso fué que ni los tipos ni las planchas que sirvieron para las láminas que en grandísimo número adornan el primer libro, publicado en 1705, fueron trasladados de Europa, sino fundidos los primeros y grabadas las segundas, en el breve plazo de tres años, por los indios de las misiones, habilísimos artífices en todo género de obras de imitación (1)». Lo cual prueba la inteligencia y la gran sensibilidad artística de los paraguayos.

Con asombro hemos repasado las obras de investigación literaria de los principales tratadistas que sobre América escribieron y ninguno se atreve a despejar la incógnita de las letras paraguayas, negando su existencia los más.

(1) Obra citada, tomo II, pág. 385.

Ni Manuel Poncelis (2), ni Manuel Ugarte (3), ni Vicente G. Quesada (4), ni Isaac Goldberg (5), ni Julio Cejador (6), ni Bernard Moses (7), ni Max Leopold Wagner (8), ni Alfredo Coester (9), ni Juan Marinello (10), ni el P. Blanco García (11), ni otros muchos autores de solvencia y fama dicen nada concreto de la Literatura del Paraguay.

Giner de los Ríos, al tratar de las literaturas hispanas especiales (12), se detiene bastante en cada una de las naciones americanas y sólo dice del Paraguay: «La literatura de esta República va unida a la de la Argentina y a la oriental del Uruguay. Ni el señor Menéndez Pelayo, ni otros historiadores y críticos han logrado reunir antecedentes para reconstruirla. *Tampoco nosotros hemos conseguido libros y materiales suficientes* (13)».

En su extenso «Estudio histórico crítico de la Literatura hispano-americana», Abigail Mejía (14) se conforma con citar al gran poeta paraguayo Eloy Fariña Núñez (1885-1929), prosista insigne a la vez famoso por su «Canto secular», en el que canta, con voz vigorosa, la independencia de su Patria y la guerra contra la Triple Alianza, evocando en sus obras los es-

(2) Poncelis: "Literatura hispano-americana". Madrid, 1896.

(3) Ugarte: "La joven literatura hispano-americana". París, 1915.

(4) Quesada: "La vida intelectual de la América española". Buenos Aires, 1917.

(5) Goldberg: "Studies in Spanish-American Literature". New York, año 1920.

(6) Cejador: "Historia de la Lengua y Literatura castellanas". 14 tomos.

(7) Moses: "Spanisch Colonial Literature in South America". New York, 1922.

(8) Wagner: "Die spanisch amerikanische Literatur". Leipzig-Berlin, 1924.

(9) Coester: "Historia literaria de la América española". Madrid, año 1929.

(10) Marinello: "Literatura hispano-americana". México, 1937.

(11) Blanco García: "La literatura en el siglo xx". 3 volúmenes. Madrid, 1912.

(12) Giner de los Ríos: "Manual de literatura nacional y extranjera". Madrid, 1917.

(13) Obra citada, pág. 313.

(14) Barcelona, Araluce, 1933.

píritus guaraníes, los genios ancestrales del río Paraná y de las tierras heroicas de Solano López. De Fariña Núñez es esta admirable invocación:

*«¡Paraguay, Asunción! , murmura el labio,
y la visión del paraiso bíblico
hace entonar los párpados y puebla
la retina de pompas tropicales.
Una tierra de sol y de silencio,
de plátanos, naranjos y perfumes,
donde el invierno es primavera riente,
y sin cesar florecen las potencias
húmedas y vitales de Beméter,
en desbordante plenitud de vida
y en hinchamiento pródigo de savia...»*

El francés Max Baireaux, que goza de fama de hombre enterado de las letras hispano-americanas, expone: «Paraguay.— Literariamente, nada podemos decir de este país. Sede de las antiguas Misiones de Jesuítas, derrotado y desangrado por una guerra terrible, sólo muy lentamente podrá rehacerse en silencio (15)».

Y hasta el peruano Luis Alberto Sánchez, residente en Chile, califica de ignorado el movimiento literario paraguayo, limitándose a hacer ligeras consideraciones políticas sobre los países que le hicieron la guerra (1865-70), subrayando que cierta propaganda trató de presentar al heroico mariscal Solano López y a su noble pueblo como salvajes. Tan sólo cita a tres escritores, sin enjuiciarlos, todos ellos de nuestros días: Juan E. O'Leary, Juan Stefanich y J. Natalicio González. A modo de disculpa, añade: «Desde luego, hay otros valores literarios que ignoramos, a pesar de haber realizado algunas indagaciones en tal sentido (16)».

(15) Baireaux: "Panorama de la littérature hispano-américaine". Edition KRA. Paris, 1930.

(16) L. A. Sánchez: "Breve historia de la literatura americana". Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1937.

Rufino Blanco-Fombona, ante la opinión del crítico argentino Carlos Romagoza y las palabras de Menéndez Pelayo: «El Paraguay no tiene historia literaria, propiamente dicha, al menos en los tiempos modernos», se preguntaba asombrado si era posible que uno de los pueblos más heroicos de la América hispana, y que más bellos paisajes encierra, país de cielos diáfanos y de bravos guaraníes, educados por nuestra civilización católica, careciese de literatura autóctona. La pregunta del ilustre escritor venezolano, presa entre los arponcillos de las interrogantes al correr de los lustros, la vamos a contestar afirmativamente nosotros por primera vez en España.

Pero antes, para hacer comprensible el fenómeno de que tantos autores e investigadores de las letras americanas negaron o ignoran el movimiento literario guaraní, conviene decir unas palabras sobre la Historia del Paraguay y su aislamiento intelectual en el Nuevo Continente.

El Estado paraguayo se declaró independiente en 1810, y en 1814 comenzó a sufrir la dictadura del Dr. Rodríguez Francia, que duró hasta 1840, en que le sucede, en la Presidencia de la República, su sobrino López, padre del famoso mariscal D. Francisco Solano López, bajo cuyo mando estalla la sangrienta guerra 1865-1876 que libró este país contra la coalición del Brasil, Argentina y Uruguay; lucha terriblemente desproporcionada, que puso de relieve, ante el mundo, el valor temerario de los paraguayos y a lo largo de cuyos cinco años sucumbieron, en combates desesperados, las tres cuartas partes de la población. Los 1.300.000 habitantes quedaron reducidos a 300.000 niños, mujeres y ancianos en su mayoría.

Desde 1871, a través de mil dificultades, empezó el pueblo paraguayo su reconstrucción, cicatrizando poco a poco tantas y tan hondas heridas. Gracias a que es un país fertilísimo y a la inmigración, ha podido rehacerse.

El año 1925 decía Juan Stefanich en el prólogo de «El jardín del silencio», libro de Eloy Fariña Núñez, que «el Paraguay sufre las consecuencias del aislamiento intelectual en que vive.

Existen a su respecto las más peregrinas opiniones. Una propaganda, tendenciosa y malsana, mantiene una especie de entredicho sombrío sobre su nombre, falseando desde su situación presente —en nada desigual a la de los demás pueblos del continente americano hasta la historia de sus más remotos fundadores y aborígenes. Tan arraigadas y difundidas opiniones sólo podrán removerse mediante una labor intensa, persistente y enérgica».

Para ello, las juventudes paraguayas están apercebidas a la obra y prontas para continuar la empresa de su reivindicación literaria e histórica. Nada puede sernos más grato en España que sus patrióticos afanes, que esa noble reivindicación de los fueros intelectuales y de las glorias legítimas de la Nación paraguaya. Nosotros nos proponemos prestigiar en este ensayo, al lado de sus demás hermanas de Hispano-América, al heroico Paraguay, difundiendo por primera vez, como hemos dicho, en el amplio mundo de habla española, el conocimiento de la cultura y de la labor literaria de tan admirable país.

Para ello ha sido preciso un repaso concienzudo de las obras clásicas de Cabeza de Vaca, Ubrich Schmidel, Nicolás de Techo, Pedro Lozano, José Guevara, Dobrizhoffer, Pauke, Falkuer, Orosz, Cardiel, Quiroga, Jolís, Peramás, Muriel, Juárez, Sánchez, Labrador, Juan Patricio Fernández, Matías de Anglés y de las de los contemporáneos.

II

De esas atentas lecturas se desprende que en la actual República del Paraguay floreció, en tiempos prehistóricos, una gran civilización guaraní, cuyo influencia aún se manifiesta en el presente, dando carácter típico a la raza paraguaya. Se trataba de una cultura esencialmente agrícola; pero cuidaban también del canto guerrero y de la oratoria. El idioma guaraní está poblado de pedrerías fabulosas, y en sus vocablos ágiles se

adivina el susurro del viento, el murmurar de los arroyos y el fulgor de las estrellas. El indio paraguayo ama su lengua, la adora, cultivándola antaño con pasión y cariño. En las Misiones de PP. Jesuítas, el guaraní fué objeto de preferente estudio, y de aquella época han quedado curiosas obras escritas, como «El Ara-Po».

Aún hoy, en ciertas regiones, sigue siendo el guaraní la lengua popular, y existe un notable poeta paraguayo, Narciso Ramón Colman (1878), solía firmar «Rosicrán», que reunió muchas poesías guaraníes en un volumen titulado «OCARA POTY».

En lengua castellana, el primer escritor del Paraguay es, cronológicamente, Ruy Díaz de Guzmán, del que sólo sabemos que murió en 1629, que era hijo de india y de español, que fué un guerrero afamado, hombre de cultura superior para el medio y la época en que escribía, y que dejó escrito un libro titulado «La Argentina», donde, con pulcro estilo, se consigna la historia del descubrimiento, conquista y civilización del Río de la Plata.

Esta obra famosa quedó terminada en junio de 1612, y el propio Ruy Díaz la califica de «primera fruta de tierra tan inculta y nueva». El autor se entusiasma al pintar el clima, los paisajes y las costumbres de su Patria, acreditándose de excelente narrador.

Le siguen los escritores, si no nativos, arraigados por toda una vida monástica en el Paraguay, Nicolás Durán (1570-1653); Antonio Ruiz de Montoya (1583-1652), autor de la «Conquista espiritual hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay»; Nicolás de Techo (1611-1685), que publicó en latín su «Historia Provinciae Paraguaie»; Antón Sepp (1655-1733); Juan Patricio Fernández (1661-1733), que en 1726 editó en Madrid «Relación historial de las Misiones de los indios que llaman Chiquitos»; Pedro Lozano (1697-1752), padre de las obras «Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay», Madrid, 1754, e «Historia de las Revoluciones en la Provincia del Paraguay» (1721-1735), editada en el año 1905 en Buenos Aires; Tadeo Xavier Henis, nacido en

1711; José Guevara (1719-1806), que nos dejó «Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», y Gaspar Juárez, autor de la «Historia del Paraguay, desde 1747 hasta 1767».

José Sánchez Labrador escribió, por entonces, varios volúmenes; entre ellos, «Paraguay cultivado» y Paraguay natural ilustrado».

El famoso Félix de Azara (1746-1811), marino y escritor que aunque nacido en España, residió mucho tiempo en aquel país, legó a las letras guaraníes un importante «Ensayo de la Historia Natural del Paraguay», aparte de sus conocidos «Viajes por la América Meridional».

Azara goza, como naturalista y explorador, de fama mundial.

Pedro Vicente Cañete, biznieto del literato criollo Ruy Díaz de Guzmán, e indígena como él, fué una de las plumas más ilustres de su época y un pensador notable. Nació en tierras paraguayas el año 1749 y fué diplomático, alto funcionario del Reino y Fiscal de la Audiencia de Charcas. Aparte de sus discursos, publicó «Historia del Potosí», «Monografía sobre el Patronazgo» (1789), «Folleto sobre la Real Hacienda» (1800), «Fundación de Buenos Aires» e «Intendencia de Potosí» (1802), «Legitimidad de la Regencia Española» (1810) y «La confesión y la traición» (1812). Fué escritor culto, doctorado en Leyes por la Universidad de San Felipe, en Santiago (Chile) y personaje influyente.

Llegamos a José Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador del Paraguay de 1814 a 1840, doctor en Teología por la Universidad de Córdoba (Argentina) y dueño de superior cultura para la época y el ambiente en que vivía. Había leído a los enciclopedistas franceses, conocía varios idiomas y dejó escritos de escaso mérito literario.

El abogado y escritor nativo Mariano Antonio Molas (1787-1844) dejó una «Descripción de la antigua Provincia del Paraguay», obra considerada como la pieza literaria más importante de su tiempo.

Juan Andrés Gelly, nacido en Pirayú, viajó por Europa en misión diplomática, era muy versado en Derecho y Ciencias económicas, fué amigo personal de Thiers y dejó un libro notable: «El Paraguay: lo que fué, lo que es y lo que será».

Carlos Antonio López, pedagogo de cultura y estadista eminente, escritor de claros conceptos y bella forma. Fué catedrático de Filosofía en el Seminario de Asunción y fundó, en 1845, el primer periódico del país: «El Paraguay independiente» y poco después «El Seminario». La obra que le ha dado más fama es la titulada «Mensajes». Murió el 10 de septiembre de 1862.

El discutido y heroico mariscal Francisco Solano López fué un gran escritor bélico y un habilísimo diplomático, según puede verse en sus proclamas guerreras y en su correspondencia con los Estados extranjeros. Sus escritos rebozan patriotismo y fuerza persuasiva, aun cuando carecen de galas literarias.

Natalicio Talavera nació en Villarrica el 8 de septiembre de 1839, según unos, y de 1837, según otros. Hizo algunos estudios en la capital paraguaya y murió en la guerra del 65 al 70. Fué soldado y cronista de la misma, tradujo del francés «Grazielle», de Lamartín, y es considerado, cronológicamente, el primer poeta del Paraguay. No escribió obras largas y su labor quedó desperdigada en las hojas volanderas de los periódicos de la época. Cuenta Oliverio Andrade que «sucumbió en un combate glorioso, y entre los papeles que se hallaron en su mochila había una canción guerra», de la que damos unos trozos:

*«¡Paraguayos, corred a la gloria,
coronad nuestra Patria de honor
inscribiendo brillante en la Historia
nuevos timbres de noble valor!*

*Este suelo inocente y hermoso
que al gran río le debe su nombre,
es la tierra gloriosa en que el hombre
con su sangre le dió libertad...»*

Su musa es incorrecta; pero es necesario tener presente que

«escribió entre los estremecimientos terribles de una lucha a muerte y a la cárdena luz del vivac.

Después de la terminación de la guerra, aparecen en escena el gran orador sagrado, y escritor notable, P. Fidel Maíz (1828); Gregorio Benítez, diplomático e historiador; Juan Crisóstomo Centurión y Martínez, autor de varios tomos de interesantes «Memorias»; José Segundo Decond (1848-1909), publicista de algún prestigio; el periodista José de la Cruz Aya-ya y poetas como Enrique D. Parodi (1863), que cantó en tono «elegíaco las infinitas tristezas de su Patria destrozada:

*«¡Patria, nombre querido que en mis labios
vibras con la expresión de una plegaria,
y encienden en mi pecho el entusiasmo,
y conmueves de amor toda mi alma!*

.....
*¡Mas es todo ilusión; de tus grandezas
sólo queda la lava amontonada;
¡La tempestad que te envolvió, furiosa,
deshecho el mástil te dejó en la playa!»;*

Como Juan José Decond, a quien inspira el mismo motivo patriótico, pone estos versos en boca de una desconsolada mujer:

*«Aquel que amoroso
rindiera mi pecho,
luchando, deshecho,
en Lomas cayó;
mi padre en las Sierras
murió fusilado,
mi madre a su lado
también expiró.»*

Y como Venancio Víctor López (1862), hijo y hermano de ex combatientes, catedrático y ministro, buen poeta siempre, autor del «Canto al Paraguay» que empieza:

*«Levanta, Patria mía, tu lívida cabeza
y mira los escombros de tu poder de ayer;
levántate y contempla la huella de grandeza
que tus sublimes héroes dejaron al caer.»*

Juan Silvano Godoy, nacido en 1850, es un historiador de valía, aunque bronco y apasionado, según puede verse en sus obras «Monografías históricas», «Últimas operaciones de guerra del General Díaz», «Mi misión a Río», «El barón de Río Branco», «Alberdi y el señor Olleros», «Documentos históricos» y varios planfetos políticos. Adolece de exceso de pasión y de fantasía en los juicios, divaga con gracia, gusta del adorno erudito y es un artista del insulto cuando trata de execrar algún personaje.

Diógenes Decond es un médico y escritor de fama, autor de libros científicos y de obras literarias tan notables como «La Atlántida», publicada en 1886, que es un curioso tratado de historia americana, y «Gloria del mar», aparecida en 1912, donde se describe un curioso fenómeno observado en el océano. Nació en 1863 y es un buen estilista, si bien abusa de la terminología médica.

El Dr. Cecilio Báez nació en 1862 y ha sido, en su país, Presidente de la República, catedrático, diplomático, Rector de la Universidad Nacional, miembro de varias Academias extranjeras, historiador discutible y regular poeta, según puede verse por estos fragmentos tomados al azar:

*«La Patria paraguaya, cual Palas Atenea,
armada vino al mundo su fuero a conquistar;
sus bravos paladines, en lucha gigantea,
de gloria la cubrieron con brío singular.»*

En toda su labor versificada difícilmente se hallan estrofas menos infelices que la transcrita. Y, sin embargo, Báez fué, indudablemente, un gran valor intelectual al que siguió un tiempo la juventud estudiosa del Paraguay. Descuella como juris-

consulta y como polemista de periódicos, aunque su estilo es desaliñado y brusco. Dice un crítico indígena que «sus obras carecen, generalmente, de belleza, y es difícil señalar una página suya impregnada de poesía».

Há recogido su vasta labor escrita en los volúmenes siguientes: «Descripciones y cuadros históricos», «La tiranía en el Paraguay», «Introducción al estudio de la Sociología», «Ensayo sobre el doctor Francia y la dictadura en Sud-América», «Estudios sobre la Historia de España», etc. Los juicios históricos de este escritor hay que acogerlos con recelo, porque suelen estar desfigurados por el calor de la pasión y de la polémica.

De Liberato Rojas dice el crítico Jose Rodríguez Alcalá (17), que «figuró, como uno de los escritores más talentosos y entusiastas, en el grupo de los que incrementaron la vida literaria del Paraguay». Como poeta se distingue por la dulzura de su estilo:

*«Guarda la flor en su corola tierna
el perfume que el cielo puso allí...
¡Todo el amor que te profeso —oh, madre—,
guarda también mi corazón así!»*

Blas Garay fué asesinado alevosamente cuando de su cultura y de su talento se podían esperar granados frutos; pero dejó como herencia cuatro obras que se han hecho clásicas en la literatura paraguaya: «Compendio elemental de la Historia del Paraguay», «Breve resumen de la Historia del Paraguay», «El comunismo en las Misiones de Jesús» y «La Revolución de la independencia del Paraguay».

El erudito Fulgencio R. Moreno (1872), para quien no tiene secretos cuanto se refiere al pasado del Río de la Plata, es autor de páginas interesantísimas sobre las migraciones guaraníes y de estudios que arrojan luz en torno de la etnografía paraguaya. Es pluma castiza y enjundiosa, permaneciendo inédita la

(17) Rodríguez Alcalá: "Antología Paraguaya". Asunción, 1910.

mayor parte de su labor, pues sólo conocemos publicado su libro «Independencia del Paraguay». Político de acción, algunas veces pulsó la lira tan aceptablemente como en este soneto «Al cerro Yariguaa»:

*«Aun creo verte erguido en el desierto,
ceñida de mil ramas tu cintura,
extendiendo tu sombra en la llanura
y ocultando a la luz tu seno yerto.*

*Aun creo sentir en ese llano abierto
el aura que repite en su amargura
el eco genuidor de tu espesura,
y agita el manto con que estás cubierto.*

*Sólo, olvidado, a la extensión vacía
tu cúspide levantas tristemente;
mas nada importa tu actitud sombría,
escrito está sobre tu altiva frente:*

*«No siempre gemirás; llegará un día
en que escale el progreso tu pendiente.»*

Escritor fino y preparado fué Manuel Gondra (1872), a quien la política desvió del ejercicio de las letras y por cuya razón sólo han quedado unas docenas de folletones debidos a su pluma: «Consideraciones sobre la revolución de la Independencia y el doctor Francia», «En torno a Rubén Darío», «El catecismo de San Alberto» «Ensayos sobre las obras de Blas Garay» y «Discurso en torno a Alberdi», son los más notables.

El poeta Francisco L. Bareiro se hizo popular con su composición a la famosa batalla de Humaitá, la cual empieza así:

*«Destruída la temible fortaleza,
réstale, al fin, como última cortina
al huracán, ya inútil que se obstina,
la noble iglesia que a volcar empieza...»*

Y llegamos al pulcro y espiritual Arsenio López Decond (1868), siempre atento a la belleza, autor de «Feminismo», «El

III Congreso Pan-Americano», «Artes y Artistas», «Reseña geográfica del Paraguay», «Del destierro y otras cosas», «Oscar Wilde», «Musset, Baudelaire y Verlaine» y otros libros.

Manuel Domínguez (1869-1935) fué un excelente crítico literario y animó con sus escritos el mundillo intelectual de su país. Con brillante estilo y claridad de concepto dió a la estampa «El alma de la Raza», que contiene capítulos de antología.

Del gramático y Poeta Delfín Chamorro (1863) se ha dicho que es el *Andrés Bello del Paraguay*, calificación exagerada para el autor de «Todo está perdido»:

*«Libre cual la brisa de la mar, un día
las calles recorría
en suelta vaguedad
y en la mágica red de tu mirada
cual siempre despiadada,
perdí mi libertad.»*

Alejandro Guanes es uno de los más ilustres poetas paraguayos, y a nadie le encuadra como a él el título de bardo nacional. Así lo ha proclamado la crítica indígena —Báez, O'Leary, Domínguez, Rodríguez Alcalá, Natalicio González— y así es, en verdad, pues ha escrito composiciones tan perfectas y emotivas como «Las leyendas», que empiezan así:

*«En el bátrato de sombras, abocado el viento brega
ya blasfema, ya baladra, ora silva y ora juega
con el tul de la llovizna, con las ramas que deshoja,
con la estola de una cruz;
ya sus ímpetus afloja, ya retorna, ora dibuja
del relámpago a la luz,
un fantástico esqueleto que aterido se arrebujá
del sudario en el capuz.»*

Ricardo Manero Marengo es el mejor sonetista del Paraguay, fácil, correcto e intenso, según puede verse por este botón de muestra, de «Curupaití»:

*«Despertaba la aurora. En las guerreras
huestes sonó el clarín el aire hiriendo
y en el espacio retumbó el estruendo
de rudo batallar. Legiones fieras
estrellándose al pie de las trincheras,
al tronar del cañón iban cayendo,
mientras flotaban del cañón tremendo
sobre el cráter las bélicas banderas.*

*Al declinar el sol, con la victoria
por esfuerzo espartánico lograda,
surgió Curapaité para la Historia
del Héroe genial de la jornada;
y escalaron las cumbres de la gloria
la Patria, el nombre, el corazón, la espada.*

Juan R. Dalilquist es un literato distinguido; nació en 1884 y ha publicado varios libros de prosa y verso. Como poeta, es conocido por aquella composición que empieza:

*«Suena, pronto, el aire agreste de un violín y una guitarra,
anunciando a la tertulia que se inicia el sanfe fe (18),
y al instante forman cuadro al abrigo de una parra
tres galanes, con sus mozas de vestido mordoré.»*

Juan E. O'Leary (Juan Emiliano O'Leary de Urdapilleta) es la gran figura literaria del Paraguay de principios del siglo xx, noble reivindicador de la historia de su Patria y de la ingente figura nacional del Mariscal Solano López.

O'Leary nació en Asunción el 13 de junio de 1880. Su madre era una noble dama española llamada doña Dolores Urdapilleta Carísimo, hija del Comandante de Artillería, don Pascual Urdapilleta, de brillante historia militar en sus luchas contra Belgrano. Su padre descendía de los O'Learys colombianos. Sus obras evocan el pasado y lo describen con recio pensamiento,

(18) Baile típico del Paraguay.

ora en verso, ora en prosa. Toda su existencia la ha consagrado noblemente al estudio de la historia paraguaya y a cantar sus proezas y dolores, alcanzando renombre internacional en las letras. Es autor —aparte de ininidad de folletos, discursos y conferencias— de libros tan admirables como la «Historia de la Guerra de la Triple Alianza», «Nuestra Epopeya», «El Mariscal López» y «El Libro de los Héroes». Su labor literaria, fundamental. Juan Natalicio González escribió, después de estudiarla a fondo (19); «Toda su obra gira en torno a un pensamiento dominante y proteico, rico en matices, cuyos aspectos presentan siempre un interés vario y seductor». Y Rufino Blanco-Fombona dijo de él, que «O'Leary es el escritor embebido en su pueblo, que en la entraña de su pueblo toma instancia, veta de oro del alma paraguaya». En sus primeras colaboraciones y campañas periodísticas en el diario «La Patria», de Asunción, usó los pseudónimos de «Diego de la Escosura», «Justas N. Zambrana» y «Pompéyo González». Se han hecho célebres sus polémicas con el Dr. Báez, «agrio vocero histórico». Poeta excelente, fué muy elogiado por Salvador Rueda, a quien impresionó su composición «¡Salvaje!» y no resistimos a la tentación de transcribir para nuestros lectores el primer canto de «El alma de la Raza»:

*«¡La raza guaraní! ¿Qué queda de ella
sobre su tierra amada?
¿Qué de esa estirpe que reinó orgullosa
desde el Orinoco al Plata?
¡Restos dispersos de la gran familia
aun en los bosques vagan,
aun en su inmensa soledad alientan
y van como fantasmas.
Son como un espectro redivivo
que de la tumba se alza,*

(19) Natalicio: "Solano López y otros ensayos". Editorial de Indias. París, 1926.

*para arrastrar su horrible pesadumbre
 la cruz de su desgracia.
 La selva compasiva los acoge
 y su retrato guarda,
 y en su seno de madre se confunden
 sus quejas y sus lágrimas.
 Son los vencidos que en vivir se obstinan
 tras la cruenta batalla
 para cruzar errantes por su tierra
 y ser en ella parias...
 ¡Pero no son la raza vencedora
 que de Orinoco al Plata
 guarde en el ritmo, aún, de su lenguaje
 la luz de una alborada!
 ¡La raza guaraní pasó... Tan sólo
 sigue viviendo su alma,
 su alma gigante que es el alma máter,
 ¡el alma de la Patria!»*

El escritor Justo A. Pane murió muy joven, descolló como orador elocuente y dejó una obra celebrada: «Episodios militares».

De Ignacio Alberto Pane sabemos que murió el año 1919 y que era uno de los sociólogos más eminentes de la América española, según afirma René Worms. Sin duda alguna fué el escritor científico mejor preparado del Paraguay en su época, y son sus obras más celebradas las que llevan por títulos «Sociología», «Geografía social», «Cuestiones paraguayas» y «El indio guaraní». Poeta de notable inspiración, pertenece al grupo de Juan E. O'Leary y con él se inició en las letras. Aquí damos la primera y la última estrofas de su primer canto a la mujer paraguaya:

*«Nació como el dulcísimo gorjeo
 de la avecilla que en la selva canta,
 como surgiera Venus del Egeo,
 como la lima surge y se levanta.*

.....

*Por ella, en fin, del bosque en la espesura,
al paraguayo, orgullo de la Historia,
la sangre de Gaurán le dió bravura,
la sangre de Pelayo le dió gloria.»*

Eloy Fariña Núñez (1885), ya citado en este trabajo, es buen narrador y poeta de antología, famoso por su «Canto secular», en cuyas estrofas palpita el Paraguay por entero, y autor de sonetos como éste, titulado «Vuelo de flamencos»:

*«En el confín de la ribera opuesta,
iluminada por el sol poniente,
tiembla una raya, en progresión creciente,
sobre la ondulación de la floresta.*

*La remota bandada avanza presta,
aleteando en el éter transparente
con el ritmo acordado de una orquesta.*

*Y al mismo tiempo que errantes loros
manchan de verde la región alada,
llena de errantes pájaros canoros,
el grupo pasa en cándido vuelo
y se pierde cual cinta sonrosada
en la diafanidad azul del cielo.»*

Es autor de las obras siguientes: «Las vértebras de Pan», «El estanco del tabaco», «Cármenes», «El jardín del silencio», «La mirada de los muertos», «Pliódopis», «Asunción» y «Conceptos estéticos». Al teatro ha dado: «El santo», «El soñador», «La ciudad silenciosa», «Entre naranjos y cocoteros», «Tutti fratelli», «La mesa de pino» y «Cuando morimos».

Ramón Caballero ha editado numerosas monografías sobre la fonética guaraní.

Facundo Recalde (1890) es un poeta de corta labor lírica, culto, inspirado y original. Véase una muestra de su manera de escribir:

*«Con paso tardo, caminando a tientas,
vengo otra vez a ti porque me mientas
un poquito de amor
que me conforte en la suprema marcha,
antes que nieve sobre mí la escarcha
de un hondo desaliento abrumador.»*

Juan Stefanich es un escritor de valía, autor de la notable novela «Aurora», que obtuvo un premio nacional y fué editada en 1920, y de otras obras, como «Hacia la cumbre», «Alberdi, la Argentina y el Paraguay», etc. Dirigió la Biblioteca *Paraguay* del Centro de Estudiantes de Derecho, creada para editar obras de autores nacionales exclusivamente; en el año 1922 habían publicado libros de Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary, Juan Stefanich, Blas Garay y Eloy Fariña. De Justo Pastor Benítez dieron «La causa nacional»; de Juan Vicente Ramírez, «La cuestión social» y «Visiones uruguayas»; de Ignacio Alberto Pane, «Literatura»; de Juan Natalicio González, «Letras paraguayas»; de Eligio Ayala, «Migraciones del Paraguay», y de Pablo Max Yustrán, el tomo de poesías titulado «Al pasar». Esta Editorial paraguaya anunciaba por entonces que iba a publicar en su colección obras de diversos autores citados en este rápido estudio y de Eusebio Ayala, Juan José Soler, Mariano A. Molas, José de la C. Ayala, Gregorio Benítez, Ovidio Rebandi, Antolín Irala, Leonardo, S. Torrents, Alejandro Andibert, P. Fidel Maíz, Gualberto Cardús Huerta, Teodosio González, Marcelino Pérez Martínez, Angel J. González, Daniel Giménez Espinosa, Narciso R. Colman, Rufino Villalba, Teresa L. de Rodríguez Alcalá, Modesto Guggiari, Gómez Freire Estévez, Adolfo Aponte, Venancio B. Galeano, Leopoldo Centurión, Pedro Pérez, Luis de Gáspari, Adriano Irala Benjamín Velilla, Enrique Bordenave, Roque Samaniego, Celestino Noguera, F. Martín Barrios, Néstor Eduardo Rivero, Justo P. Benítez, L. Ramos Giménez, Luis Rufinelli, R. Capece Faraone, Policarpo Artaza, Francisco L. Fernández, Pedro P. Samaniego, Eusebio A. Lugo, Eudoro Acosta Flores, Manuel Ga-

marra, Antoliano Garcete, Anselmo Jover Peralta, Juan G. Charro, José D. Miranda, Fausto Giménez Pecci, Jenaro Romero y Federico García, la mayoría de ellos jóvenes de la última generación.

A Juan Natalicio González, excelente prosista y agudo crítico, se deben los mejores trabajos; sobre la Historia literaria del Paraguay, y a no pocas de sus indicaciones nos hemos ceñido nosotros en nuestros estudios. Podemos decir, sin ser parciales, que Natalicio es el escritor paraguayo más completo en nuestros días. Sus obras revelan cultura no corriente y exquisita sensibilidad, penetración psicológica, amor sin límites a su Patria y una vocación literaria completa. O'Leary y Natalicio González son las dos grandes figuras de las letras paraguayas que de mayor prestigio gozan en el exterior. Fundó y dirigió, durante varios años Juan Natalicio, la Revista de Ciencias y Letras *«Guaranía»*, la más animada e interesante de cuantas hemos leído del Paraguay. En París fué mentor, junto con T. Romero Pereira, de la Editorial de Indias, que de 1926 a 1927 publicó *«El Paraguay: lo que fué, lo que es y lo que será»*, de Juan Andrés Gelly; *«Guaraníes y poemas helénicos»*, de M. Goicoechea Menéndez; *«El doctor Francia»*, de Tomás Carlyle; *«El Mariscal López»*, de Juan O'Leary; *«Asunción»*, de Eloy Fariña Núñez y *«Solano López y otros ensayos»*, del propio J. Natalicio González. Es autor, demás, de los libros siguientes: *«Letras paraguayas»*, *«Cuentos y parábolas»*, y de algún otro volumen de crítica histórica y literaria. La mayor parte de su labor está en las columnas de la Prensa paraguaya.

Silvano Mosqueira (1875) es un excelente prosista y autor de *«Semblanzas paraguayas»* y *«Nuevas semblanzas»*, editado este último libro en Asunción, el año 1937. De él escribía el crítico uruguayo Horacio Mardonado: *«En las semblanzas de este libro se advierte una pluma gallarda y fuerte al servicio de un espíritu que arde en los más puros ideales y es morada del bien, de la verdad y de la belleza. El amor a los grandes hombres que dieron brillo al Paraguay, pone en la pluma de Silva-*

no Mosqueira fulguraciones épicas y suavidades de ternura (20)». Queda dicho, pues, que este literato es un sacerdote que ofició en el altar de la belleza para engrandecer a su Patria.

Manuel Ortiz Guerrero (1884) es, entre los jóvenes escritores de su generación, la más pura y amplia expresión de la lírica paraguaya. Toda su obra poética está llena de sentido cristiano y de esencia emotiva, aunque a veces la forma no sea perfecta en lo externo. Su vida fué trágica, pues la lepra le corroyó el cuerpo desde la juventud. Es autor de «Eirete», «Surgente» y «Zurú-Cuá». El crítico Rafael Oddne escribió con ocasión de su muerte: «Para olvidarse de su tragedia se embriagó de arte. Desde su lazareto invadió su luz sobre nosotros y nos hizo escuchar con frecuencia los sonos melódicos de sus poemas dulces y tristes, como la oración que se modula entre los labios en la hora mística en que el cielo comienza a cubrirse de estrellas: y en que nuestros corazones se pueblan de extraños presentimientos, de vagos temores y de añoranzas indefinidas, pero hondas y vehementes (21)». Ortiz Guerrero empleó los metros más diversos; por ejemplo, el siguiente:

*«Joven paraguaya, cantora hechicera,
canta tu cantar,
tu canto perfuma vieja primavera;
canta tu sinuosa, doliente habanera,
que quiero soñar.
Paraguaya joven de ojos de diamante:
¡canta sin cesar!,
el arpa suplica con voz sollozante,
canta y que tu canto guaraní fragante,
me haga suspirar.
¡Necesito el llanto! El miedo, el espanto
que dejó el azar*

(20) En la "Tribuna Popular" de Montevideo, de 6 de abril de 1938.

(21) En la página literaria del sábado de "El País", de Asunción, día 21 de mayo de 1938.

*en mi vida, sólo se alivian con llanto:
canta, paraguaya, tu más triste canto,
que quiero llorar.»*

En las letras del Paraguay no podía faltar la representación del bello sexo. Escritores de fama son Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá (1889) y Josefina Gapena Pastor. Más jóvenes, Eva Luján, narradora en prosa; Josefina Pla, que ha publicado lindas composiciones como «El ranchito nuevo» (1938); Lola Noblía de Plaza, autora del libro «Anfora de amor» y Dora Gómez Bueno de Acuña, cuyos versos aparecen con frecuencia en los diarios de Asunción.

En el «Parnaso Paraguayo», de M. A. de Vitis, se dan algunas composiciones poéticas de aceptable valor literario, de Freire Estévez, Giménez Espinosa, Pérez Martínez, Roberto A. Velázquez, Luis Arente y Haedo, Héctor P. Blomberg, Manuel Gamarra, Angel I. González, L. Ramos Giménez, Policarpo Artaza, Séver Marecos, Néstor E. Rivero y Roque Gaona.

Además de todos los escritores paraguayos que se estudian en este ensayo, Maxwell I. Raphael y Ford (22) citan escuetamente como tales a Victorino Abente y Lago, José G. Acuña, Manuel Acuña, Mariano R. Aguiar, L. Arengo, Jorge Báez, Julio Bambill, Héctor E. Barrios, Mauricio Benítez, Ildefonso Antonio Bermejo (1820-1892), Cornelio P. Bliss, H. Campos Cervera, Saúl Cardoso, Ramón I. Cardozo, Adolfo P. Carranza, Juan Casabianca, G. D. Coca, Mateo Collar, Matías Alonso Criado, Manuel W. Chaves (1878), Adolfo Decond, Héctor F. Decond (1855), José del Pilar Díaz, Juan Díaz, Andrés Doldán, Fermín Domínguez, Gabriel Dumont, Luis Fernán F. de la Puente, M. Fernández Sánchez, Juan B. Ferrufino, Juan J. Finaqueto, Aníbal M. Giménez, D. Giménez Martín, Bernardo Ibáñez de Echavarri, Eduardo Larmig, Arturo D. Lavique, Carlos Lelio, Carlos López Sánchez, Fidel Maíz (1828), Carlos Martínez Vi-

(22) Raphael and Ford: "A Tentative Bibliography of Paraguayan Literature". Cambridge (Harvard University Press), 1934.

gil, Blas Miranda, Guillermo Molinas Rolón, Luciano Montiel Maciel, Enrique P. Moratel, Fulgencio R. Moreno, E. B. Moscarda, Federico Navas, «Alvar Núñez», Raimundo D. Obelar (1878), Tomás Osune, Miguel A. Palermo, Angel M. Polo, E. Postigo, Francisco Quiñones, Zenón Ramírez, Raimundo Roa, Rafael Ruiz López, Felipe San Lorenzo, Manuel de San Martín, José Sánchez Flores, Carlos R. Santos, Tomás de los Santos, José Serrano, Francisco Tapia, Benigno Teijeiro, Fortunato Torranzos Bardel, Celestina Torres, Miguel G. Trujillo, Arnaldo M. Valdovinos, Bernardo de la Vega, Benjamín Vellido, Rufino A. Villalba, Nicolás Yopuguai y José Zahonero.

Cerramos este panorama de la literatura del Paraguay con el broche áureo del autor de «Acuarelas Paraguayas» (Espasa-Calpe, S. A., 1940), Carlos Zubizarreta; narrador magnífico, brillante y emotivo, que ha merecido el honor de que la gran Editorial española lance sus obras. Agrupa doce narraciones autóctonas en el libro citado, a cada cual más bella.

Queda demostrado, pues, por vez primera en España, que el Paraguay tiene historia literaria y que sus hombres de letras no desmerecen al lado de las demás naciones hispano-americanas. Como muy bien dice Natalicio González, «en la tierra melodiosa y dorada del Paraguay no sólo el heroísmo abrió sus flores de púrpura, bajo los altos cedros, en la profundidad de los bosques, en los vastos esteros y en la llanura solitaria; sino que también el espíritu alza su vuelo y el pensamiento resplandece en la palabra de los prosadores y en el verso de los poetas.»

Como hemos visto, la mayor parte de las obras paraguayas de los tercios últimos del siglo XIX y primero del XX, se nutren especialmente de episodios bélicos, leyendas guaraníes, costumbres autóctonas y anecdotario variado, siempre sobre un fondo de paisajes nativos. Añoran algunos escritores contemporáneos del Paraguay la feliz época anterior a la guerra del 65, cuando la vida era fácil y patriarcales las costumbres. Otros invocan el heroísmo viril de la Gesta inigualada, hasta quedar la nación herida de muerte, desangrada en grado superlativo, diezmada

por el hambre y la peste, hasta sucumbir gloriosamente. Del bárbaro y sublime holocausto no sobrevivieron más que las mujeres, los ancianos y los niños. Y, sin embargo, este pueblo indomable se ha rehecho material y espiritualmente. Florecen sus escritores como en cualquier otro país de la América hispana y tienen ante sí la inmensa tarea de contar una Historia casi mística, propia de semidioses antiguos.

Faltan novelistas y autores teatrales en las letras paraguayas; la literatura reflexiva, quieta, de paz y de remanso, no ha sido posible todavía. Al escritor del Paraguay le ha faltado serenidad, calma y tiempo para elaborar imaginados argumentos. Antes tuvo que referir y cantar el glorioso acervo histórico. Abstraído en la evocación de las angustias y sublimidades pretéritas, el paisaje espléndido y los tipos actuales resbalaron ante sus ojos. Era preciso edificar la Historia primero, cantar las gestas nacionales y luego, realizada esa ingente tarea, vendrá la urdimbre estética de libros imaginados.

Periodismo.—Como ya dijimos al comienzo, en el año 1845 apareció en Asunción el primer periódico paraguayo, y, según una estadística de 1936, había en esa fecha los diarios siguientes: «La Reforma», «El Día», «La Hora», «Crisol», «El Liberal», «El Diario», «La Nación», «Patria», «El Orden», «La Tribuna», «La Unión» y «El País», todos editados en la capital, que tiene 145.000 habitantes. Además, los semanarios «Unión Nacional», «El Bien», «El Enano», «Industrias» y «Corriere Italiano».

En Vilarica, ciudad de 40.000 habitantes, se publicaba, dos veces a la semana, «El Deber», dirigido por José Guillén.

Mensualmente aparecían en Asunción: «Acción», «Guaranía», «Minerva», «Mundo Paraguayo», el «Boletín del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública», la «Revista de Derecho y Ciencias Sociales» y la «Revista del Paraguay». Sin contar las publicaciones de periodicidad más espaciada.

Digamos, para terminar, que en el Paraguay existen Editoriales como en cualquier otra República, las cuales publican y divulgan las obras de sus escritores; que sus Círculos culturales y sus Universidades mantienen relaciones con los principales centros culturales del Extranjero. Las falanges universitarias y los jóvenes escritores de esta hora no escatiman esfuerzos para incrementar las letras paraguayas y para que se haga la luz sobre su noble Patria.

Nosotros, desde la madre España, no dudamos que la victoria más rotunda coronará sus nobilísimos sacrificios.